



Camucha Escobar

*Tu*  
ROSTRO  
*en el*  
FUEGO

Tu rostro en el fuego (Spanish Edition) Camucha Escobar

Camucha Escobar

**Tu rostro en el fuego**

P & J

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A José, compañero de vida,  
en su amor encuentro la paz, la amistad y la confianza.  
En su amor está la inspiración que me permite crecer y  
realizarme como mujer, como escritora.*

*A Marita, mi hermana, mi amiga.  
El impulso que me alienta.  
El apoyo que me sostiene.  
El ánimo que necesito.*

Gracias...

*A Cristina Bajo, escritora talentosa,  
por sus sabios consejos.*

*A Florencia Cambariere, mi querida editora,  
por hacer este libro posible.*

*A Gloria Casañas, quien ha calmado  
mis angustias más de una vez.*

*A Vero Barrueco, por estar siempre cuando la necesité.*

*A Gabriela Vigo, siempre presente y dedicada, quien me  
guió en todo momento con su paciencia y su buen hu-  
mor.*

*A mis amigas de las Giras Literarias, cuyos consejos y  
palabras de aliento llegaron en los momentos precisos.*

*A mi familia y a mis amigas del alma, quienes me  
acompañaron incondicionalmente en mi escritura.*

*A mi hermana Marita y a mi sobrina María, por crear y  
mantener el sitio web que todo escritor ha soñado.*

*A mi sobrina Agustina Vissani,  
por sus correcciones y sugerencias.*

*A Carla Pandolfo, por ayudarme a plasmar las ideas.*

*A todos los que me leen, porque con su cariño  
me animan a seguir escribiendo.*

# Acallando los fantasmas del pasado

*Pago de los Arroyos*  
*Estancia El Carmen*  
1854

Una nube de polvo se levantaba tras el paso de la volante. El carruaje se detuvo en El Carmen y Piedad descendió sin prisas. El campo era quietud y silencio, solamente interrumpido por el trino de algún ave. A lo lejos se escuchaba el murmullo de las aguas del río. Aquel sonido que la había acunado toda su infancia hoy le producía un miedo intenso. Se arrebujó en el chal y siguió caminando. Su mirada se dirigió hacia los corrales vacíos. No estaba el ganado, ni los toros de lidia, ni aquellos caballos que tanto había amado. Solamente unas ovejas pastaban tranquilas en medio del potrero de palo a pique. Un chucho hambriento y pedigüeño se acercó a olisquearla. Piedad le acarició la cabeza sin miedo y el perro no se le despegó desde ese momento.

Todavía no había entrado en la casa, se entretuvo en los jardines. Los pastos estaban altos, los cercos de ñapindá sin cortar y las malezas habían ahogado a las plantas tan bien cuidadas en otros tiempos. Suspiró resignada y se dirigió hacia la puerta principal. No había sido una decisión fácil. No. Era consciente de que debía acallar los fantasmas del

pasado y qué mejor idea que dirigirse al lugar de los hechos.

Desistió de ponerse uno de sus vestidos nuevos. Para viajar había escogido una falda sencilla y una blusa abotonada hasta la base del cuello. Sabiamente también llevó uno de sus chales de lana que le sirvió para protegerse de ese frío helado que le atravesaba las entrañas. Llevaba, como único adorno, un collar de piedras desiguales. Ya no era una jovencita incrédula, llena de ilusiones y miedos, sino una mujer segura de sí misma, dispuesta a terminar de una vez por todas con su pasado. Se corrió una guedeja que se había escapado de su rodete y sus ojos oscuros contemplaron la casa.

Aquel casco lo había mandado a construir su abuelo en las tierras que había comprado a un precio irrisorio. Nada quedaba de tanto esplendor. La casa se había venido a menos por falta de cuidados y por la devastadora inundación. Las paredes descascaradas necesitaban pintura, y las aberturas de roble clamaban por la presencia de un carpintero.

Sacó una llave de su bolso y, no sin cierta aprensión, abrió el candado y empujó la puerta suavemente. El olor a encierro la invadió por completo y no pudo evitar distinguir aquel que la había acompañado desde pequeña: un olor almizclado, denso, que habitaba en todos los espacios del lugar.

Los muebles se encontraban cubiertos por sábanas y los rincones estaban velados por telarañas. Una tenue claridad se filtraba a través de los postigos cerrados. Sacó la tulipa de cristal de una lámpara, sopló el polvo de la mecha no sin antes comprobar que había aceite de potro. La encendió y recorrió las habitaciones una por una: la de Honorio,

con la austeridad de un soldado; la de Emilia, que no había sido ocupada desde su desaparición. Antes, ella siempre la había llenado de flores y la hacía ventilar al menos una vez por mes. Aún se respiraba el aire liviano de su presencia. Siguió avanzando por el pasillo hasta llegar a las habitaciones de los muchachos: la de Jerónimo y Nicolás donde aún se podía leer en un viejo escritorio los pensamientos del mayor: "Te odio, José Manuel, te odio"; la de Elena, con los edredones de flores y mariposas que su madre había hecho traer de Buenos Aires. Prefirió no abrir la de Francisco y Beatriz, menos aún la de Miguel, que se encontraba enfrente. Luego se dirigió a la habitación de su madre. Tragando su angustia abrió la puerta: todo estaba como la última vez, la amplia cama de bronce con su colcha nacarada ocupaba el centro del recinto, un ropero con el espejo en forma de luna se recostaba contra una de las paredes proyectando sombras inquietantes. El crucifijo con el reclinador, que siempre atendieron sus súplicas de ambición y vanidad. Y ese olor, ese olor que la había trastornado toda su vida se hacía más fuerte cerca del arcón, impregnando cada poro de su piel, sofocándola. Corrió hacia la puerta y la cerró de golpe. Se recostó contra la pared para recuperar el aliento. Luego, se dirigió a la sala y recorrió el paño del retrato.

Su hermano Honorio dirigía sus ojos turquesas hacia un punto lejano. El pintor había sabido captar esa mirada triste que lo acompañó hasta su muerte. La piel curtida por el aire del campo y del fuerte le daba un aspecto duro y contrastaba con sus cabellos rubios y su fino bigote. Llevaba con garbo el uniforme de gala. "Querido hermano, ¡cuánto dolor reflejan tus ojos! Si yo hubiera sido capaz de entender lo que sucedía, tal vez otro hubiera sido tu des-

tino." Sus lágrimas recorrían su rostro y, aun así, sonrió: ella acusaba a su madre de vanidosa y ambiciosa, y ahora, ella tenía esos mismos sentimientos. No, probablemente no hubiera podido cambiar su destino. Se emocionó cuando se vio retratada de pequeña, tres o cuatro años, ajena a las maldades, con la inocencia intacta. ¡Qué lejano todo!, suspiró. De inmediato su mirada se endureció frente a la figura de su madre: una mujer de belleza subyugante. Los ojos oscuros surcados por unas pestañas renegridas y densas; la piel mate, lustrosa y la nariz aguileña, indicaban cierta ascendencia morisca. Los labios rojos, pulposos, invitaban a besarlos.

Un odio repentino se apoderó de ella, deslizándose por su interior, mientras le oscurecía el corazón, le nublaban los pensamientos, le agriaba el alma. Haciendo un gran esfuerzo se recompuso. Dentro de su mente la idea había ido tomando forma. Piedad supo lo que debía hacer. Se dirigió a la cocina y buscó entre los tachos y las botellas de loza. Cuando encontró lo que necesitaba, volvió presurosa a la sala. Parecía estar poseída por una fuerza sobrenatural que nacía del collar de piedras que llevaba en su pecho. Sin embargo, se paró en seco y se dirigió a la que había sido su habitación. Con algo de trabajo corrió la cama y levantó varias tablas del piso. De allí quitó una bolsa de cuero. La abrazó como si se tratara de una vieja amiga. Luego, miró dentro: el contenido estaba intacto.

Regresó a la sala y comenzó a verter el aguardiente por todos los muebles; con sumo cuidado dejó la bolsa en el jardín y, sin pensarlo dos veces, tiró la lámpara hacia el interior. Enseguida las llamas comenzaron a extenderse por todo el lugar, alcanzando dimensiones desproporcionadas.

Las lenguas de fuego abrazaban los techos y consumían todo a su paso.

# Bajo el sol del mediodía

## *Pago de los Arroyos*

### *Estancia El Carmen*

1836

—Asegúrate de que se beba hasta la última gota —le dijo doña Augusta Iriarte a Eloísa, su sirvienta, a la vez que revolvía con mucho esmero la taza del té bien cargado—. Que no quede nada, ¿me oíste? Y después vas por Rufino. Le dices que venga antes de que caiga la noche —mientras le dictaba las órdenes, se arregló el moño que estaba flojo. “Voy a tener que decirle a esta tilinga que se fije si tengo alguna cana. Ya es tiempo de preparar el tinte.” A pesar de su gesto severo, a la mujer le gustaba estar arreglada. De joven había sido muy bonita y conservaba perfectamente su antigua belleza: los ojos oscuros brillaban en su piel mate. Siempre se había jactado de su suavidad. Jamás había usado afeites o polvos para mejorar su aspecto; cuando estaba demasiado pálida, unos cuantos pellizcos en las mejillas solucionaban el problema. Doña Augusta no hacía caso a las modas, no por modestia sino por todo lo contrario, odiaba obedecer leyes impuestas, detestaba esa clase de esclavitud. Augusta, a través de cada partícula de su ser, parecía declarar que no se doblegaría ante nada ni nadie. El negro era el color que predominaba en sus vestidos, algunas veces un morado o un verde oscuro, sin más detalles que los puños y el cuello de encaje chantilly. Le parecía encomiable no ostentar ningún adorno, suficientes eran su piel, sus ojos, su porte y su cabello. El blanco lo usó solamente para su boda, a regañadientes. De todos modos, obtuvo lo que quería: no se pareció a ninguna novia que se

hubiera visto en sus pagos. Consiguió que la vieran como una virgen despojada de abalorios. Su imagen misteriosamente ascética perduró en la memoria de todos los invitados.

La razón de su estilo no era modestia, ni desprecio por las riquezas ni la ostentación; era una extrema vanidad que fue acrecentándose a lo largo de los años. Su larga cabellera —que hacía cepillar todas las noches a Eloísa y lavar con agua de romero para que creciera fuerte y sana— era su bien máspreciado. Había enviudado hacía un año y poco más, y disfrutaba, desde entonces, de su libertad e independencia. Se consideraba una mujer afortunada y todo gracias a su manera de ser.

Su mirada se perdió en el paisaje. Ese año el otoño se presentaba muy duro y los animales iban a tener poco pasto. A lo lejos, en los corrales de palo a pique, se encontraban sus toros de lidia: “Taomar”, el gran campeón; “Resuello”, su hijo; amaba a esas bestias. Amaba esos músculos tersos, amaba observar el pelo que parecía mojado de tan brillante. Amaba esa fuerza compacta. Los toros eran soberbios. Amaba esa furia.

Esbozó una leve sonrisa y se quedó contemplando los corrales en el espectáculo otoñal, adivinaba cómo la tierra era arañada por las patas taurinas que hacían levantar oscuras polvaredas, mientras el pelo se opacaba y los músculos se tensaban mostrando su majestuosa determinación.

Entonces recordó el día en que había visto su primera corrida. Aquel domingo de mayo la plaza estaba colmada. A pesar de la leve llovizna, brillaban las banderas. Los criados, que acarreaban las sillas, se abalanzaban unos sobre otros, tratando de obtener los mejores lugares para sus patrones.

Las señoras se habían vestido con sus mejores galas: el tafetán italiano y el terciopelo francés se salpicaban por todas partes.

Augusta recordó con satisfacción su vestido morado, su cintura esbelta, su profusa cabellera amarrada con una tenue cinta que apenas sostenía los rizos.

El torero, con su traje de luces, se paseó orgulloso por la arena. Vestía de taleguilla, la almidonada camisa blanca estaba adornada con chorreras. El capote de paseo era una obra de arte: labrada en hilos de seda se destacaba la figura de San Judas Tadeo. Desplegaba su capa roja bordada en oro: era un matador. Sobre su cabeza llevaba una montera de terciopelo negro. El hombre saludó a la multitud enardecida que lo ovacionaba. El toro, un ejemplar magnífico, entró al ruedo y dio varias vueltas. Augusta lo recordaba perfectamente. De su hocico salía un vapor denso y resregaba sus pezuñas contra el suelo, levantando polvo. El torero agitó la capa frente al animal que no dudó en embestirla y entonces recibió una banderilla coronada de cintas de colores. Enfurecido, volvió a arremeter contra la capa roja que ahora el torero hacía oscilar mientras le clavaba otra banderilla.

Y entonces fue cuando Augusta lo supo, recordó su sonrisa de satisfacción oculta tras su abanico. Mientras el torero saludaba a la multitud, el toro arremetió contra su costado. Su cuerno se incrustó en las pequeñas y juveniles caderas. El animal levantó su cornamenta ensangrentada; mientras sangraban sus heridas había salido el sol por un momento. Brillaba la sangre, brillaba la piel. Augusta lo miró a los ojos y entendió su mirada de justicia. A sus pies, yacía el hombre muerto.